

LA CIENCIA POLÍTICA ESTADOUNIDENSE Y EL DISCURSO DE LA DEMOCRACIA: DE LA TEORÍA DEL ESTADO AL PLURALISMO*

JOHN G. GUNNELL

The Nelson Rockefeller College of Public Affairs and Policy
State University of New York at Albany

RESUMEN

La ciencia política americana ha sido definida por intentos para determinar los criterios de la democracia y para evaluar hasta qué punto el sistema político americano se conformó a tales criterios. Este discurso de la democracia ha sido caracterizado por dos paradigmas básicos y sucesivos: la teoría del Estado del siglo diecinueve y la teoría pluralista de la democracia, la cual, a pesar de desafíos y enmiendas, todavía informa la imagen básica del sistema político americano. Ambas teorías, sin embargo, han sido forzadas a confrontar una paradoja fundamental que dice relación con el concepto de "pueblo", la cual ha sido endémica a la teoría política americana desde el período fundacional.

PALABRAS CLAVES: sistema político, democracia, república, popular, gobierno, comunidad, teoría del estado, estado, pluralismo, ciencia política americana, auto-interés, democracia mayoritaria, élites, facciones, política de grupos de interés, liberalismo, teoría de grupos de la democracia, poliarquía, liberalismo de grupos de interés, igualdad.

ABSTRACT

American political science has been defined by attempts to determine the criteria of democracy and to evaluate the extent to which the American polity conformed to such criteria. This discourse of democracy has been characterized by two basic and successive paradigms: the nineteenth century theory of the state, and the pluralist theory of democracy, which despite challenges and emendations, still informs the basic image of the American polity. Both theories, however, have been forced to confront a fundamental paradox involving the concept of the "people" which has been endemic to American political theory since the founding period.

KEY WORDS: polity, democracy, republic, people, popular, government, community, state theory, state, pluralism, American political science, self-interest, majoritarian democracy, factions, elites, interest-group politics, liberalism, group theory of democracy, poliarchy, interest-group liberalism, equality.

* Este ensayo es derivado de mi próximo libro sobre la historia de la teoría de la democracia en la ciencia política americana: *Imagining the American Polity: Political Science and the Discourse of Democracy* (Pennsylvania State University, 2004). La traducción de este ensayo desde el idioma inglés al español fue realizada por el Profesor de Derecho Constitucional de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso don Iván Mauricio Obando Camino.

Aunque comúnmente se ha supuesto que el sistema político americano es el epítome de un régimen democrático o popular, los estadounidenses, desde fines del siglo dieciocho hasta el presente, han tenido dificultad para determinar exactamente qué forma de gobierno han tenido. Esta situación ha inspirado muchos intentos tanto para dar una explicación de la democracia, como para juzgar hasta qué punto los Estados Unidos de América se conforman a tal explicación, y, desde los tiempos de la ratificación de la Constitución hasta el presente, los americanos han sido dados a imaginar y a representar en una imagen el sistema político americano. La ciencia política americana ha sido parte central y única de este diálogo, pero ha habido una paradoja teórica que ha constituido un eje central en las discusiones sobre el gobierno popular desde el tiempo de la formación de la república americana. Mientras se supuso que un régimen republicano o democrático se podía predicar sobre la base de la existencia de un pueblo autónomo e inteligible, al mismo tiempo fue difícil especificar cualquiera entidad como tal. Esta búsqueda del “pueblo” o público, para la democracia americana, ha sido confrontada y conducida en dos formas distintas. Una aproximación ha consistido en sostener que, a pesar de las apariencias en contrario, existe, al menos latente o potencialmente, un pueblo americano que es el autor y súbdito del gobierno democrático. La otra aproximación ha consistido en sostener que un pueblo, como tal, esto es, una comunidad identificable como concebida tradicionalmente, no es necesaria para conseguir los fines de la soberanía popular. En cada caso, ha habido una tendencia para adaptar el concepto de democracia a las realidades percibidas de la política americana.

Esta paradoja de democracia fue ejemplificada en *El Federalista*. A pesar que los autores sostuvieron que la Constitución creaba un gobierno popular que era republicano, o representativo, en lugar que estrictamente democrático, ellos tuvieron problemas para clarificar y defender su continua lealtad a la idea básica de la soberanía popular. La idea del pueblo, que había estado en el centro de la ideología y la teoría revolucionaria, al igual que los argumentos de ciertos Anti-Federalistas, parecía tener un sonido anómalo cuando era yuxtapuesta a la ontología política propuesta por James Madison. La genialidad de los autores de *El Federalista* consistió en inventar la gran idea de un pueblo que trascendía los intereses más locales y que debía ser representado en y por el nuevo gobierno nacional; sin embargo, si el “pueblo” a menudo mencionado tenía un significado concreto en *El Federalista*, aquél parecía referirse a la suma de individuos interesados y anti-sociales o a las facciones diversas y divisivas definidas precisamente por su adhesión al bien particular en lugar que al bien público. En lugar que la tradicional noción republicana de un pueblo, Madison, podemos decirlo, concibió un pueblo virtual que surgiría de un equilibrio institucional y social de intereses en

conflicto. El sostuvo que la enfermedad del gobierno republicano, y ahora americano, era el faccionalismo, pero que ésta podía ser transformada en su propia cura mediante un diseño institucional intrincado combinado con circunstancias sociales y geográficas fortuitas.

En el siglo diecinueve, la temprana ciencia política americana produjo su propia versión del pueblo, el que fue representado en el concepto del Estado. Mientras hoy en día muchos tienden a mirar la teoría del Estado del siglo diecinueve como una doctrina arcaica, formalista y legalista, ésta fue esencialmente en el hecho una teoría de la democracia americana. La introducción del concepto de Estado tuvo en gran parte lugar a través del trabajo del inmigrante alemán Francis Lieber, por allá en la época en que su conocido, Alexis de Tocqueville, visitó los Estados Unidos. Lieber puede ser designado razonablemente como el fundador de la ciencia política americana, entendida esta última como un esfuerzo discursivo distinto y su versión de la teoría del Estado determinó fundamentalmente la dirección de la investigación política en los Estados Unidos por cerca de un siglo. Este concepto del Estado, basado en la filosofía idealista e historicista alemana, el cual fue perpetuado y refinado por teóricos de segunda generación, tales como Theodoro Woolsey en la Universidad de Yale, Herbert Baxter Adams en la Universidad The Johns Hopkins y, sobre todo, John W. Burgess en la Universidad de Columbia, constituyó una elaborada teoría del gobierno democrático. Lieber tomó prestada principalmente filosofía kantiana y hegeliana para aplicarla a esa parte del currículum universitario americano sobre filosofía moral que decía relación con la educación cívica y la ética práctica, para lo cual adaptó esa filosofía a las circunstancias y tradiciones de los Estados Unidos, con el objeto de idear una solución a la perenne paradoja americana. Lo que Lieber y posteriores teóricos americanos educados en el extranjero e imbuidos del paradigma alemán del Estado hicieron fue la imagen de un pueblo americano, también como una historia de instituciones democráticas que surgía de orígenes teutónicos, pasaba a través del gobierno inglés y culminaba en el sistema político americano.

Aunque los americanos habían sido desconfiados al comienzo respecto de la palabra "democracia", para mediados del siglo diecinueve ésta había sido privada mayormente de sus entonaciones radicales y se había transformado en un término de aprobación general. A diferencia de sus contrapartes y similares europeos, tales como Tocqueville y Edouard Laboulaye, quienes, al igual que el historiador americano George Bancroft, comentaban extensamente sobre la sociedad política americana, Lieber, temeroso del absolutismo y entusiasmo democráticos, todavía tendía a desestimar la palabra "democracia" en favor de frases tales como "auto-gobierno". Su visión del Estado, sin embargo, era esencialmente la de un pueblo asociacional e institucionalmente diverso, pero orgánicamente unificado, cuyo linaje daba

substancia teórica a la idea de democracia. El rasgo más esencial del concepto de Estado era que no se refería a las instituciones de gobierno sino, en su lugar, a una comunidad cuya voz mayoritaria expresaba una voluntad que putativamente permanecía no sólo detrás del gobierno sino que precedía, en el tiempo y en importancia, a la Constitución, la que era manifiesta en los procesos y estructuras de la política americana. Esta visión a menudo reflejó y apoyó la ideología conservadora de teóricos que deseaban propagar y justificar el gobierno limitado, así como en alguna forma inspiró, al igual que sirvió para legitimar, la causa de la Unión antes y después de la Guerra Civil, a pesar de ser ampliamente abrazada a lo largo del espectro ideológico. Sin embargo, ella ofreció sobre todo una respuesta distinta a la paradoja innata de la teoría democrática americana y fue una respuesta que se extendió bastante en el tiempo dentro de la era Progresiva luego del fin de siglo.

La tercera generación de científicos políticos, que incluyó a Woodrow Wilson, continuó afirmando la supremacía del Estado, pero, en parte como una consecuencia de exigir una administración más activa, ellos comenzaron a oscurecer la línea entre el Estado y el gobierno. A pesar que ellos estaban aún atados por el lenguaje de la teoría del Estado y sostenían la idea que un orden político legítimo y constitucional debía estar basado en una comunidad nacional, el término "Estado" se tornó crecientemente indistinguible del concepto de gobierno. Esto, sin embargo, precipitó una crisis en la teoría democrática que no sería resuelta sino hasta comienzos de la década de 1930. El pensamiento político y la política Progresivista a comienzos del siglo continuaron siendo predicados sobre la base de la creencia que había al menos una comunidad política incipiente que podía ser movilizada y en cuyo nombre el gobierno podía actuar legítima y autoritativamente, pero eventualmente una nueva explicación del gobierno democrático americano emergió de las ruinas tanto de la teoría del Estado tradicional como del sueño Progresivista.

La declinación del concepto del Estado como el núcleo de una teoría de la democracia fue acompañada del origen y evolución de la teoría del pluralismo democrático. Además de la creciente dificultad de sostener la idea de un pueblo orgánico invisible en el medio de una sociedad de diversidad tan aparente, el rechazo del "Estado" fue en parte una reacción, en el contexto de la Primera Guerra Mundial, a sus orígenes alemanes y presuntamente autoritarios. Al mismo tiempo, la esperanza Progresiva de despertar un público latente democrático, el cual se alzaría y quitaría el poder a políticos corruptos y a una hegemonía capitalista, lentamente se evaporó en la medida que los científicos sociales fueron abrumados con la evidencia de variedad cultural, social y de conflicto en los Estados Unidos. Parecía tan difícil encontrar al pueblo americano como lo había sido en el período entre la revolución y la Constitución, y en forma creciente algunos individuos, tales

como Walter Lippmann, cuestionaron la existencia de un público natural e identificable o aún la realidad de una opinión pública que algunos comentaristas, tal como James Bryce, habían enfatizado como constituyendo el corazón de la sociedad democrática en los Estados Unidos.

A pesar de la publicación en 1904 de la obra de William James *Pluralistic Universe*, el término “pluralismo” no había aún entrado en cualquier manera substancial al discurso de la ciencia política americana y no tenía ningún lugar en el lenguaje de la política americana. Aunque el libro de Arthur Bentley *Process of Government*, publicado en 1908, vendría a ser un punto de referencia central para la posterior teoría pluralista, éste tuvo muy poco impacto inmediato y Bentley nunca empleó el término “pluralismo”. Fue durante la breve estadía de Harold Laski en los Estados Unidos, subsecuente a la Primera Guerra Mundial, que el término y el concepto fueron introducidos, de alguna manera accidentalmente, en la conversación de la ciencia política –como parte del ataque de Laski a la idea de la soberanía estatal y la autoridad centralizada, como asimismo de la propagación efectuada por este último de la noción que el Estado era simplemente una asociación entre muchas en la sociedad. Charles Merriam, al igual que su escuela de Chicago, hizo mucho por dar forma al futuro de la ciencia política americana, pero aunque él reconoció ciertos valores democráticos inherentes en la diversidad y el pluralismo, al igual que muchos miembros de su generación, él se sintió igualmente impresionado por la divisividad inherente en tal diferencia y por los sentimientos y prácticas antidemocráticas de ciertos grupos. Merriam conservó la suposición que la democracia requería últimamente unidad, aún si, en su opinión y la de su estudiante Harold Laswell, fuera necesario introducirla desde arriba hacia abajo por medio del control social y la educación cívica. Ellos transfirieron sus esperanzas para una sociedad democrática a las acciones de elites gubernamentales informadas por el conocimiento social científico, esto es, a la persecución de valores democráticos a través de menos que lo que algunos pueden considerar medios democráticos. Tanto conservadores, tal como William Yandell Elliot en la Universidad de Harvard, como liberales, tal como John Dewey, encontraron difícil separar la idea de gobierno popular de la existencia de una comunidad nacional que trascendía la complejidad de la sociedad moderna, pero para fines de la década de 1920, el concepto de pluralismo se había transformado en el punto central de una explicación empírica de la política americana, una nueva imagen normativa de la práctica democrática y una teoría general de la democracia como forma de gobierno. Por primera vez desde Madison, una explicación empírica de la diversidad y del conflicto social, como asimismo de las presiones grupales sobre el gobierno, fue siendo transformada lentamente en una teoría del gobierno popular que proveería mucho del contenido de una nueva y ampliamente adoptada imagen de identidad democrática.

Lo que primero emergió fue una explicación descriptiva de la política americana como la persecución del interés de grupo, pero eventualmente esto fue transformado en un argumento acerca de cómo el proceso de políticas de grupos de interés constituía tanto una forma de interacción como de representación democrática. Esto también fue involucrado en la investigación temprana de científicos políticos, como fue el caso de Pendelton Herring, aunque, hacia fines de la década de 1920 y comienzos de la de 1930, un número de individuos, como George Sabine, al igual que muchos que han sido largamente olvidados, entre quienes John Dickinson fue uno de los más prominentes, habían elaborado una teoría pluralista de la democracia. Esta teoría desafió aquello a que ellos se referían como el "dogma tradicional" tanto en política como en ciencia política, sin perjuicio de contener todos los elementos teóricos esenciales que serían rearticulados una generación más tarde en el trabajo de individuos, tales como David Truman y Robert Dahl. Al centro de esta teoría estaba la postura que todas las sociedades consisten de grupos que buscan su auto-interés y esto, en cualquier etapa de la evolución social, requería de mecanismos para el compromiso y el ajuste. En el contexto de una sociedad moderna, tal ajuste era conseguido por medio de la intervención del gobierno, al cual ellos llamaron ahora el Estado y el cual funcionaba como un árbitro que actúa pragmáticamente en respuesta a las necesidades de la situación y con respecto a problemas de intervención y control. Por medio de la participación en grupos los individuos realizaban sus metas y conseguían su identidad, como asimismo, por medio de grupos que contaban con acceso a la influencia, en lugar de instituciones formales, la representación democrática era más esencialmente obtenida. La estabilidad en la sociedad era conseguida por medio de un equilibrio de presiones sociales en conflicto, constreñidas mediante apropiadas instituciones habilitantes y un consenso sobre las reglas del juego. Por lo mismo, la democracia mayoritaria fue vista como un mito que falseaba el hecho que las mayorías eran poco menos que indefinibles agregaciones de preferencia individual, las que eran democráticas sólo en el sentido que tenían la capacidad, mediante las elecciones, para producir una circulación de las elites. Por lo anterior, la idea básica representada en la explicación posterior de la democracia como un método, de Joseph Schumpeter (1942), ya había sido integrada dentro de la teoría pluralista de la democracia.

Durante la última parte de la década de 1930, hubo poco bajo la forma de una declaración explícita o una elaboración ulterior de esta teoría, pero los americanos, tanto en la política como en la academia, estaban buscando una explicación de la democracia y en especial una que pudiera superar algunas de las dificultades de construcciones más tempranas, pero que también identificara claramente a los Estados Unidos como democrático y lo distinguiera del número creciente de regímenes totalitarios y de doctrinas

extranjeras, tales como el comunismo y el fascismo. El nombre para esta nueva identidad democrática fue liberalismo y la manera en la cual el pluralismo fue transfigurado como liberalismo constituye un capítulo crucial en la historia de la evolución de la teoría democrática en la ciencia política americana. A pesar que hoy en día es común escribir la historia del pensamiento político americano como la historia del liberalismo, esta aproximación y el concepto mismo de liberalismo como una identidad americana, fue largamente inventado dentro de un período de cerca de cinco años durante la década de 1930. El término liberalismo había sido raramente usado en la política americana o en la ciencia política antes de esa época. Mientras que políticos, como Woodrow Wilson y más tarde Franklin Roosevelt, comenzaron a cortejar tentativamente este concepto como una etiqueta para una variedad de iniciativas políticas, cada uno parecía eventualmente ansioso de adoptarlo como sinónimo para democracia. Una variedad de individuos, incluyendo Herbert Hoover, clamaba ser el liberal “verdadero” y contar la historia de lo que ellos consideraban el liberalismo auténtico. En política Roosevelt ganó finalmente el título y sus oponentes aceptaron eventualmente el nombre que él les había concedido originalmente en forma peyorativa –Conservadores. Mientras tanto, el término liberalismo gravitó dentro del lenguaje de la ciencia política, a menudo a través de aquellos simpáticos hacia el New Deal, pero eventualmente teóricos políticos, tal como Sabine, vaciaron el concepto de su significado político concreto y comenzaron a escribir la historia del pensamiento e instituciones políticas occidentales como una historia del progreso del liberalismo culminando en el sistema político americano. A comienzos de la década de 1940, en la víspera de la Segunda Guerra Mundial, los elementos básicos de esta visión fueron extraídos desde el cauce de la ciencia política prevaleciente, sistematizados por individuos como Hering y presentados como *Politics of Democracy*. Hering vio su trabajo como consistente en tomar todo lo que era considerado malo acerca de la política –desde grupos de presión a jefes de maquinarias políticas y dinero mal habido– y demostrar que todos ellos eran parte de un proceso democrático si fueron científicamente comprendidos. Una razón para la re-articulación del pluralismo *qua* liberalismo fue proveer una respuesta al totalitarismo y un contra-ideal, pero también fue una reacción a una crítica de algún modo subterránea hacia la democracia liberal que había comenzado a infiltrar el discurso de la disciplina de la ciencia política. Esta crítica, largamente concebida por académicos alemanes emigrados, dio origen a un nuevo modo de teoría política. La confrontación entre esta crítica y la reconstituida explicación pluralista de la democracia liberal en la ciencia política comprendió la dialéctica de la democracia en la generación de post-guerra y creó eventualmente un quiebre institucional así como intelectual entre la corriente principal de la ciencia

política y el subcampo de la teoría política. Lo que realmente separó los “conductistas”, o esos que proclamaban una dedicación a un estudio más científico de la política, de los teóricos políticos después de la Segunda Guerra Mundial, fue menos un compromiso con la ciencia por oposición a la teoría normativa que dos posiciones éticas bastante diferentes relativas al tema de la democracia. Los académicos predominantemente alemanes que emigraron a los Estados Unidos, desde comienzos de la década de 1930, eran un grupo filosófica e ideológicamente diverso en muchos aspectos: Leo Strauss, Hannah Arendt, Eric Voegelin, Herbert Marcuse, Theodor Adorno, Otto Kirchheimer, Max Horkheimer, Hans Morgenthau –para nombrar sólo unos pocos de los más prominentes. Ya fueran marxistas, tal como los miembros de la escuela de Frankfurt, o anti-marxistas tal como Strauss, lo que ellos tenían en común era una distintiva sospecha, si no antipatía, respecto del liberalismo, el cual, como teoría política, ellos clamaban que era inherentemente patológico y representaba instituciones que históricamente constituían el umbral del totalitarismo, como en el caso de la Alemania de Weimar. Estos teóricos, que rechazaban el cientismo y adherían a imágenes de la declinación de la civilización occidental, representaron un profundo desafío a una concepción de democracia basada en compromisos con el empirismo, relativismo, liberalismo y progreso histórico, la cual había caracterizado la ciencia política americana por medio siglo.

Fue este desafío unido a la continua preocupación por presentar una imagen coherente de la democracia, como una contraparte y contrapunto al totalitarismo, que condujo a la reconstitución de post-guerra de la teoría pluralista de la democracia. El libro *The Process of Government*, de Truman, publicado en 1951, constituyó tanto un requerimiento por un estudio más científico de la política como una re-declaración de la teoría de grupos de la democracia y el libro *Preface to Democratic Theory*, de Dahl, publicado en 1956, retornó al término “poliarquía”, acuñado por Laski, como un sinónimo de democracia. En este trabajo hubo poco reconocimiento o conciencia explícita del legado del pasado. La crítica de Dahl acerca de la democracia mayoritaria “populista”, como irreal e irrealista, fue un intento por poner a descansar los vestigios y afirmaciones de la más temprana teoría de la democracia, y su explicación de la democracia poliárquica fue un réplica a las posturas acerca de elitismo sostenidas por individuos como C. Wright Mills. Este trabajo fue también un intento, durante la Guerra Fría, como lo había sido durante la década de 1930, por sistematizar una imagen del liberalismo occidental que apoyara la fe de quienes se oponían al totalitarismo del este. Dahl, al igual que quienes le siguieron, como Gabriel Almond y Sidney Verba (*The Civic Culture*, 1963), sostuvo que nosotros debíamos comenzar por examinar el carácter de esos países que *conocemos*, en nuestros corazones y mentes, ser democracias y extraer una base empírica para una visión nor-

mativa que, Dahl sostuvo, era representada más completamente en el “híbrido americano”. Los elementos de este “híbrido” eran precisamente esos que constituían la teoría del pluralismo a fines de la década de 1920 y el liberalismo de la década de 1930, los que fueron propuestos más tarde por Dahl como la esencia de la “democracia pluralista” en su obra *Who Governs*, publicada en 1961.

La crítica del liberalismo y el pluralismo continuó, sin embargo, siendo perpetuada por una amplia gama de teóricos políticos. La obra *Politics and Vision* de Sheldon Wolin, publicada en 1960, por ejemplo, fue sobre todo una historia de la declinación y sublimación de “lo político” en la teoría y práctica del liberalismo pluralista. A este tipo de crítica se unió también, en este punto, la persistente contra-tradición estatista nativa representada ahora por individuos como E. E. Schattschneider, quien sugirió que la política de grupo de interés tenía un efecto corrosivo sobre la democracia de partido y, más tarde, por Grant McConnell y luego Theodore Lowi (*The End of Liberalism*, 1969), quienes atacaron los peligros del poder privado, al igual que la teoría y la política del “liberalismo de grupo de interés”.

La división intelectual entre la teoría política y la ciencia política conductual que caracterizó la década de 1960, que evolucionó durante las décadas de 1970 y 1980, tuvo profundas consecuencias para el futuro de la teoría democrática en los Estados Unidos.

La controversia acerca del conductismo trajo consigo una brecha intelectual y profesional entre la ciencia política prevaleciente y el subcampo de la teoría política, pero también tuvo el efecto de reubicar, o dislocar, la discusión de la identidad política y la teoría política americanas. Mientras la ciencia política continuó, en varias formas y grados, validando la visión tradicional liberal/pluralista, después de la década de 1970 tendió a conceder a la teoría política el papel de una teorización normativa y a renunciar a su misión de articular una teoría de la democracia y evaluar la política americana en estos términos. Y mientras la conversación acerca de la democracia y el liberalismo se transformó crecientemente en la propiedad de la empresa interdisciplinaria y relativamente autónoma de la teoría política, ella fue absorbida dentro del mundo de las imágenes que fueron determinadas más por las autoridades filosófico-académicas reinantes que por cualquier relevancia directa para las particularidades de la política americana. Como los debates acerca del liberalismo, a menudo centrándose alrededor de argumentos filosóficos como los de Rawls en *A Theory of Justice*, pasaron a ser el punto central de la teoría política, ellos también pasaron a ser crecientemente abstractos, mientras, al mismo tiempo, en la ciencia política prevaleciente, fue más difícil, después de la década de 1960, encontrar una imagen coherente y compartida del sistema político americano como una democracia.

Las preocupaciones contemporáneas acerca de la paradoja de la demo-

cracia, esto es, acerca del destino de los Estados Unidos de América sin una comunidad democrática identificable y viable, han sido expresadas en una amplia gama de literatura, incluyendo el trabajo del sociólogo Robert Bellah en su obra *Habits of the Heart*, los reclamos de un número de liberales comunitarios como Michael Sandel y la preocupación de Robert Putnam acerca de la pérdida de "capital social" en una sociedad en donde los individuos están "jugando bowling solos". Pero todos estos argumentos sobre la necesidad de una comunidad nacional parecen no estar acordes extrañamente con lo que aún estos individuos tienden a ver como la realidad pluralista de la vida política americana. El tipo de separación entre las percepciones de la realidad política y las explicaciones de la teoría democrática, que acechó las discusiones de la década de 1920, se ha reafirmado a sí mismo y el desafío de buscar una teoría democrática dentro de las realidades empíricas de la política americana parece más intimidante que nunca. Aún más, el pluralismo ha salido a la superficie como una respuesta una vez más.

Después de su éxodo intelectual desde la ciencia política, una fuerza unificante y conductora en la conversación crecientemente dispersa de la teoría política continuó siendo no sólo una crítica de la visión pluralista y un intento por resucitar alguna versión de democracia participativa o al menos la idea de la esfera pública visualizada por individuos como Arendt y Jurgen Habermas. Dentro de la década pasada, sin embargo, ha habido un cambio sutil en perspectiva, aunque en algunas formas bastante fundamental. Esto puede ser en parte atribuido a los eventos de 1989 y la caída del comunismo, al igual que a otras dimensiones del ambiente social de la teoría política, pero también surge de ciertos cambios en el contexto filosófico y el advenimiento de persuasiones como el postmodernismo. Hoy en día el concepto de pluralismo una vez más ha aparecido en el discurso de la teoría política como la pieza central de la imaginación democrática. Ya sea que se le denomine democracia deliberativa, democracia asociacional o una preocupación acerca del multiculturalismo y la diferencia, una variedad de teóricos políticos están retornando a una posición que, una vez que todo ha sido dicho y hecho, luce extrañamente similar a la visión de la ciencia política de la década de 1950, a pesar de las complejas capas filosóficas sobrepuestas. Muchos de estos teóricos, sin embargo, no están conscientes de la historia de esta visión, al igual que de su propia herencia intelectual y las controversias que acompañaron su evolución, y parecen condenados a confrontar una vez más las paradojas que estuvieron en el corazón de la conversación en la ciencia política americana por más de un siglo.

A pesar de la abrumadora unanimidad subyacente acerca del significado contemporáneo de la democracia, la reconciliación filosófica del pluralismo con la democracia no es más fácil hoy que lo que fue en el tiempo de Madison. La manera en que la crítica del liberalismo pluralista por parte de teóricos

democráticos dio lugar a una adopción del pluralismo como el centro de la democracia, a fines del siglo veinte, reflejó misteriosamente el sendero de la transformación conceptual que ocurrió en el primer cuarto de siglo. Al igual que el surgimiento del viejo pluralismo, el nuevo pluralismo es un producto de lo que parecen ser las realidades inevitables de la sociología de las sociedades contemporáneas y particularmente de la democracia liberal. Además, mientras el nuevo pluralismo, al igual que el viejo, es distintivamente acomodacionista e intencionado en cuanto a encontrar una base para la democracia en la realidad de las prácticas sociales existentes, aquél, a diferencia del viejo pluralismo, ha suprimido o depreciado el carácter del poder y su ejercicio dentro y entre los diversos elementos de la sociedad liberal. Aunque señala las limitaciones que la sociedad democrática liberal coloca sobre la democracia, aquél no confronta las restricciones sobre la igualdad, la que permanece como el valor básico de la teoría democrática. La preocupación con la igualdad retrocede últimamente en comparación con problemas como la formación de la identidad individual y la autonomía grupal. Pocas de las patologías de la política pluralista sobre las cuales se centraron los críticos en la década de 1960 parecen haber sido eliminadas, ya sea en la teoría o en la práctica. Dahl asumió como una virtud que en una sociedad poliárquica, podemos decir, nadie gobierna o que las minorías gobiernan, pero el problema siempre fue que si este fuera el caso, entonces esto también significaba que a lo mejor la democracia, entendida como la mediación de las decisiones públicas a través de la ciudadanía general, no existe, y, en el peor caso, varias elites llenan el vacío de autoridad. Pluralidad, uno puede sostener, es seguramente una condición necesaria de cualquier concepto realista de democracia, pero pluralidad no es una condición suficiente de democracia.